

# Ojos que no ven...

Vicente Sánchez-Biosca

CASI es un tópico decirlo, pero no por ello resulta menos cierto: siempre que una mirada se coloca ante un acontecimiento determinado y lo recorta, tiene lugar una representación. Además, siempre que una telecámara se aposta ante una representación se produce, según esta misma lógica, una segunda representación que incluye a la primera. Cuando esto último ocurre, habría que preguntarse sólo se ajustan ambas o qué es lo que la segunda impone a la otra. La cosa, con todo, no puede quedar así: si la segunda mirada —la de la telecámara— toma a su cargo la representación anterior, ¿qué fidelidad mantiene respecto a los patrones de aquélla a la que asiste? Esta pregunta no debería, de hecho, extrañarnos demasiado, pues cualquier espectador suele encontrarse decenas de veces al día en circunstancias semejantes. Es un problema de topología del espectáculo y como tal debe ser planteado.

Ahora bien, si el criterio que se adopte para la filmación se justifica frecuentemente por su funcionalidad cuando se trata de retransmisiones deportivas, corridas de toros, carnavales y fiestas populares (está bien filmada aquella opción que nos permite ver mejor la mayor parte del acontecimiento y es deficiente la que no lo permita), hay un caso en el cual todo esmero y minucia parecen insuficientes, pues el mundo entero sabe que una pequeña variación técnica puede acarrear irreparables consecuencias sociales. Se trata de los debates políticos. Sea, por ejemplo, el debate en torno al estado de la nación celebrado durante los días 14 y 15 de febrero del presente año. Las intenciones de objetividad no son aquí gestos políticos, más o menos democráticos: son, por el contrario y como se encargó de demostrar la campaña

francesa última, problemas de ética de la planificación. He ahí, pues, que se escoge la primera decisión: la neutralidad. Neutralidad que significa también sobriedad de la planificación, ausencia de subrayados.

Dos espectáculos, por tanto, se superponen. Y nuestra mirada asiste, por mediación de la telecámara, a un acontecimiento que —es de esperar— se celebraría de todos modos, con nuestra presencia o sin ella. Es, en otras palabras, un servicio funcional y una participación posible. Que miremos o no resulta indiferente. Y he aquí que don Miguel Herrero comienza su alocución con una cita de Antonio Machado, apostillando a continuación: «...a riesgo de desilusionar incluso a algún oyente o telespectador, a riesgo de ser tal vez algo impopular». No cabe duda de que esta expresión pone sobre el tapete, en una primera fase, la conciencia expresa de encontrarse ante dos tipos de espectadores distintos; pero, en una segunda, de mayor importancia aunque algo menos evidente, se arriesga a interpelar al segundo espectador (el que presumiblemente le interesa, pues ante el otro todo está ya dicho), en lugar del primero. Y es que, a fin de cuentas, ¿ante quién puede parecer «impopular» una cita cultural sino ante aquel que no tiene por qué poseer los conocimientos necesarios para descifrarla ni

descubrir su valor alegórico o su aplicación al caso? Que es esta segunda lógica y este segundo espectador lo que domina la situación no cabe, pues, la menor duda.

Dada, pues, la responsabilidad de la representación televisiva, la neutralidad se impone. Y ésta es fielmente resuelta por la preeminencia de planos frontales del orador, en el mismo eje. Sólo esporádicamente y para romper la monotonía se quebrará la frontalidad con planos laterales, por demás, coincidiendo las más de las veces con las permutas de orador. Pero toda representación tiene su ley y su prohibición y sobre ésta se funda, en último análisis. Hay, por tanto, un solo emplazamiento que jamás podrá adoptar la cámara porque si así lo hiciera sancionaría las palabras pronunciadas aun a espaldas del hablante. Es esta mirada prohibida la que ocupa el lugar de la presidencia. Punto de fuga del hemiciclo, mantenerlo presente es lo único que, topológicamente, distinguiría este escenario de una plaza de toros. Pero, además, es una mirada prohibida porque ella es sentida «ley» para todo espectador, interno o externo a la cámara. Si toda representación se funda en una ley y ésta es siempre una prohibición, no cabe duda de que el lugar del presidente es la única mirada no adoptada y, por eso precisamente, la única con valor de ley.



Planos frontales para imponer la neutralidad. Que miremos o no, resulta indiferente.

